



EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

DIRECTORA: D.^a ANGELA GRASSI.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*El Paular*, por D.^a Angela Grassi.—*Blanca* (poesía), por D. Leon de la Vega (M. de R.)—*Los Dos Hermanos*, por D.^a Faustina Saez de Melgar.—*Variedades*.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 864 bis.—*Grabado de Labores*, núm. 77.

REVISTA DE MODAS.

DESDE que la Moda prescribe distintos trajes á la mujer para las diferentes horas del dia, la dama de buen gusto tiene la mitad que discurrir, y aquella cuyo mal gusto haya sido siempre visible, tiene en esta solicitud de la Moda inmensas probabilidades de mejorarle: hoy la Moda y sus infinitos órganos en la prensa, adelantan á la mujer la mitad del camino en la eleccion de trajes y adornos, y aun no pareciendo esto bastante á los almacenistas de Modas de la industriosa capital de Francia, proyectan, ¿qué direis? Maniqués, que de ta maño natural recorran las calles, encerrados en pequeños carros-jaulas, vestidos entre los distintos almacenes, y llevando de cada cual la tarjeta que sirve de reclamo. ¿Comprendeis, lectoras mias, invencion mas original? Si tal medio de propaganda llegara á generalizarse, podríamos decir que la Moda se arrastraba entre el fango de las calles, y nos salia al paso como un pobre pordiosero!

Por fortuna semejante escentricidad está aun en proyecto, y todavía para buscar á la Moda tenemos que subir hasta su elevado trono, desde el que dicta sus órdenes soberanas al dibujo, á la litografía y á la prensa.

El hermoso otoño que venimos disfrutando, retiene aun en Biarritz y San Sebastian á las mas obstinadas fugitivas, y para esta época final de la expedicion, se han remitido á las mas elegantes trajes de campo en el gusto breton, que se componia de las prendas siguientes:

Falda doble de cachemir blanco, adornadas ambas de una ancha franja de terciopelo negro, bordado con seda lasa de colores fuertes: el paletot holgado, de la misma tela, llevaba cinta algo mas estrecha con igual bordado, y á la izquierda del pecho, bordado con sedas lasas, iba el escapulario ó escudo breton que caracteriza por completo el traje. Otros

se han hecho de finísima franela azul celeste, bordadas las faldas en el bajo con palmas negras, completando el traje camiseta de franela blanca y gran cinturon negro con caídas. El cachemir y la franela se han encargado, en fin, de ataviar á nuestras bellas en este último período de sus escursiones campestres, y es fama de que estas telas, al modelar sus delicados contornos, adquirian la belleza del raso y del terciopelo. Tanto valen la figura y la elegancia!

Como novedad en los trajes cortos, no podemos menos de describir un modelo que llega últimamente á nuestras manos y reproduce por completo los graciosos atavíos que usaron nuestras abuelas, y parecian incompatibles con la aristocrática Moda actual; pero ya hemos dicho mas de una vez que la Moda de nuestros dias no tiene carácter fijo, utiliza el legado de todas las épocas y todos los paises, y semejante á Molière, *toma lo que le hace falta donde quiera que lo encuentra*. Así vemos al lado de una falda Luis XV un cuerpo chino, y junto á una camiseta rusa una túnica de encaje de principios de este siglo. El modelo que llega á nuestras manos, copiado de uno recientemente concluido para una belidad aristocrática del vecino imperio, se compone de falda de raso color de oro, con greca en el bajo formada por cinta de terciopelo, y túnica encima de encaje negro, terminada á ondas en el bajo, y con ancho fleco de seda negra al borde de las ondas: el cuerpo escotado y de manga corta, adornado de encaje negro, va casi cubierto por la airosa mantilla española toda de encaje, terminada por ondas con fleco al pié como la túnica: la mantilla, que acaba en punta como las actuales toquillas y los antiguos dengues de gitana, cruza á anudarse á la espalda, descendiendo las puntas por detrás. Este característico traje español se ha lucido en carruaje en el bosque de Bolonia, y es muy á propósito para un palco en el teatro: por ahora, su ostentacion y exajerada

novedad le hace imposible para la calle y el paseo! Para este objeto continúan haciéndose los trajes cortos y largos en las sedas ya enumeradas en nuestra revista anterior.

El gusto María Antonieta se pronuncia mas cada vez, y con los fichús y manteletas de puntas cuadrada, que pasan á anudarse por detrás, se cita el sombrero que lleva tambien el nombre de aquella desgraciada reina, el cual parece compartir el favor de la Moda con el *fanchon* destinado al teatro. Empléase mucho oro para adornar los sombreros, y las flores con follaje metálico, ó bolas con tallos flexibles, tambien de oro, son las que dominan por el momento.

Hemos visto un lindo sombrero de crespon, color Bismark con lluvia de oro y guirnalda de follaje metálico, adornándole barbas de encaje negro, y pasando una diadema de oro á sujetar el sombrero por detrás debajo del peinado: este sombrero tiene el privilegio exclusivo de ser un verdadero sombrero de otoño, y no sentar bien mas que á persona que tenga un aire distinguido.

El hermoso sol que admiramos, protege todavia las Modas del estío, y se ven alternar con los de seda en nuestros paseos, vestidos de lanillas ligeras y trajes de una frescura encantadora; pero á pesar de estos hermosos dias, preciso es irnos previniendo para el invierno si no ha de suceder nos lo que á la cigarra de la fábula. Se harán para este invierno muchos trajes de terciopelo, sin mas adornos que el cordón al canto y los botones en el cuerpo y falda, ó bien figurando grandes carteras en los costados, cerrados con botones. En los trajes de seda dominan los adornos de raso dispuestos en bieses con perlas de cristal, ó en cuadros prolongados y unidos por los ángulos para formar una continuada cenefa, que forma caprichosos dibujos en la falda y abrigo.

Los modelos de abrigos llegarán á nuestro poder de un momento á otro, pero entre tanto, recomendaremos á nuestras lectoras uno de encantadora novedad que tenemos á la vista: consiste en un paletot holgado, tejido á propósito en paño negro, con una guirnalda brochada de margaritas de seda blanca, que unidas por los extremos de sus pétalos, corre en caprichosa guirnalda por todo el borde del abrigo, hombro, pegadura y bajo de la manga. Este nuevo abrigo, algo atrevido para la calle, es de muy buen efecto para el paseo, y alternará con gran éxito con los de paño y terciopelo, de formas rectas y ceñidas, y algunos con man-

ga á la judía y á la griega, que preparan los mejores almacenes de Modas. Los adornos en raso, azabache y pasamanería, se cree que seguirán disfrutando de igual favor que antes. De todos modos, la actividad que reina en los almacenes de géneros y en los talleres de las mejores modistas, anuncian un invierno fecundo en novedades, que aguardan para darse á luz la apertura de los salones y de nuestro aristocrático teatro Real, ó á que la buena sociedad de la corte se dé cita definitivamente en las frondosas alamedas de la Fuente Castellana.

Para la próxima apertura del Príncipe y del Real, se hacen trajes elegantísimos de escotes cuadrados y sin mangas, lo que exige la camiseta de batista con bullones, entredoses de Cluny ó cintas de color: algunas de estas camisetas se confeccionan para ir con falda sola, y en este caso están terminadas por abajo por picos ú ondas orilladas de encaje, que resultan mas bajas que el cinturón, ceñido á un lado con puntas flotantes. Tenemos tambien noticia de coronas de flores para este mismo objeto en hojas de oro, y de bertas y fichús de blonda y encaje con broches ó presillas de cintas, flores, ó piedras de gran valor.

Algo quisiéramos decir de Modas de niños, pero esta revista va tomando demasiadas proporciones, y solo mientras llega el figurín que para ellos repartimos siempre por esta época, anticiparemos á las madres mas impacientes la descripción de dos trajes, uno para niña de cuatro años, y otro para niño de diez.

Es el primero un vestido de cachemir blanco bordado de sedas en guirnalda de espigas y amapolas.

El cuerpecito, escotado en cuadro, lleva un encaje al borde del escote y de la manga corta y hueca: un ancho cinturón color de coral se anuda por detrás en gran lazo, y sombrero mandarin con cinta color de coral completa el traje.

El segundo se compone de calzón de paño gris, holgado, que solo llega á la rodilla, y lleva por todo adorno una hilera de botones en la costura exterior: la chaqueta del mismo paño y con igual adorno, deja ver un chaleco cerrado por dos órdenes de botones, sobre el que vuelven las puntas agudas del cuello marino de la camisa.

Sombrero marino, y botín alto de paño gris.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

EL PAULAR.

Quieres que te describa los poéticos alrededores del Paular, mi querida Julia, ¿pero has meditado bien lo que me pides?

Paisajes como estos se sienten, pero no se describen. Para juzgar de un cuadro se necesita ser artista, para cantar este hermoso panorama se necesita poséer una centella del espíritu divino. ¡Aquí se calla y se ora, Julia mia! ¡Oh, tú no sabes cuán bello es por las tardes, cuando la luz semiborrada del crepúsculo presta nueva majestad á esta ma-

jestuosa naturaleza, cuando la sombra de los árboles y de las peñas se torna mas gigantesca, cuando todos los ecos van espirando, estinguiéndose en un lejano gemido, tú no sabes cuán grato es costear las orillas del apacible Lozoya!

El monte de Peñalara y los puertos de Morquera y Malagosto, que ciñen el valle y se elevan á una altura tan prodigiosa que parecen perderse entre las nubes, la opaca luz que consigue descender á lo profundo, y modificada mil veces por la sombra de los árboles, presta formas caprichosas é indefinibles á todos los objetos, el severo Monasterio rodeado de alamedas, y hasta el mismo rio, que fiel imágen de la gradacion que se observa en las pasiones humanas; aquí es una fuentecilla que brota del hueco de dos peñas, allá apacible riachuelo, mas allá bramador torrente, y mas allá todavía espumosa catarata, que despeñándose por entre ásperos peñascales se desborda con furia por la llanura y arrastra en pos de sí los árboles y las flores: todo en este lugar del silencio eterno hace olvidar los ecos del mundo y reconcentrar la atencion en los sublimes ecos de los cielos. ¡Cuán bien en este sitio se crée, se espera y se ama!

Pero hay otra cosa mas bella aun que estas bellas maravillas.

No hace muchas tardes vino á sentarse á mi lado una anciana llena de majestad y de dulzura. Hablamos largo tiempo del paisaje, del reposo que ofrecia aquel escondido valle á un alma atribulada, y de confesion en confesion, concluyó por contarme la historia de su vida.

¿Por qué las almas mas puras son las mas castigadas por la suerte, como los árboles mas altos suelen ser los primeros en los cuales se ensaña la tormenta? ¿Será porque se acercan mas al cielo? ¿Será porque la obra misteriosa de su purificacion debe efectuarse antes? Ó porque así como los cristales ópticos sirven para hacer perceptibles los objetos lejanos, esas hermosas almas sirven de espejo á los hombres para que puedan ver reflejada en ellos la imágen del Creador Omnipotente?

Teodosia, que así se llamaba la noble anciana, habia perdido á su madre en su niñez, y no solo habia servido de tal á ocho hermanitos menores, sino que habia renunciado á casarse con el hombre á quien amaba por no abandonar á su padre, pobre, ciego y paralítico.

Muerto éste, la sonrió la fortuna: un tio suyo la dejó por heredera de cuanto poseia; pero entonces, lejos de escoger un esposo entre los jóvenes ricos que la solicitaban, entregó su corazon al mas desgraciado, al mas humilde de todos.

Alberto, ingrato á sus beneficios, no solamente la fué infiel, sino que la abandonó despues de haberla arruinado, y haciendo pública ostentacion de sus ilícitos amores, fué á vivir con el objeto de su culpable cariño.

De los lábios de Teodosia no se escapó una sola queja. Vivió en el retiro y devoró en silencio su amarga pesadumbre.

Pasáronse seis años.

Un dia al entrar en una iglesia, vió que estaba adornada de paños negros, y que en medio de ella se elevaba un magnífico catafalco.

—Quién se ha muerto? preguntó.

—Una mujer joven y bella, la respondieron. Ayer se

paseaba orgullosamente por el Prado; hoy yace aquí cadáver. Se llamaba Úrsula Aldoner.

Aquel nombre era el nombre de su rival, Teodosia experimentó una conmocion indecible. Arrodillóse, murmuró con voz trémula una plegaria, y luego corrió á su casa.

Hé aquí la carta que escribió á su marido:

«El hombre está sujeto al error; una verdadera pasion hace disculpables los deslices. Los cielos se visten de fiesta cuando entra en ellos un alma arrepentida. Dios, convertido en buen pastor, no descansa hasta encontrar la perdida ovejuela y llevarla al salvador aprisco. Tienes tres hijos que ya carecen de madre... ¡yo quiero serlo! Venid todos: mis brazos están abiertos para recibiros y mi corazon para adoraros...»

La escena que promovió esta carta fué muy tierna. Teodosia cumplió religiosamente su palabra: jamás madre mas amorosa rodeó de tantas adoraciones y desvelos á los dulces pedazos de su alma.

Pero Alberto era mudable por naturaleza y por carácter. Una noche Teodosia le aguardó en vano, le aguardó en vano al dia siguiente: Alberto no volvió.

Teodosia continuó educando á los tres niños, y como sus recursos eran escasos, tuvo que trabajar para atender á su educacion y á su sustento. Jamás les dió otro nombre que el dulce nombre de hijos, jamás permitió que en su presencia se ultrajase la memoria de su madre.

Hace cuatro años, los habitantes de Rascafria vieron llegar á una mujer sosteniendo el débil paso de un hombre á quien los desórdenes habian robado la juventud antes que lo efectuase el trascurso de los años. Eran Teodosia y Alberto. Alberto, que habia buscado un refugio sobre el corazon de su esposa, cuando la enfermedad y la miseria le habian impedido saciarse con los goces de la vida.

Los sencillos labradores creyeron que aquel matrimonio habia estado siempre iluminado por la luz inefable del amor, tantos eran los desvelos que Teodosia prodigaba á su marido. Éste espiró en sus brazos bendiciéndola.

—¿Y sus hijos? la pregunté vivamente, cuando me relató entre lágrimas su prematura muerte.

—Eran dos niños y una niña, me respondió con sencilla candidez. Luisa se ha casado y es muy dichosa. Eduardo está de Cónsul en un punto de América y escribe algunas veces: en cuanto al mas pequeño, á Federico, es militar, y en medio de su turbulenta vida no es extraño que me olvide.

—De modo... balbuceé con indignacion.

—Se equivoca Vd., se apresuró á decir comprendiendo mi pensamiento. Luisa es buena, me pasa una pension reducida, porque yo no quiero mas. ¡Oh, Dios mio; para vivir bien poco se necesita! Lo preciso para mantenerse, la vista del cielo y una conciencia tranquila.

En mi entusiasmo, Julia, me incliné ante ella y la besé la mano.

—Cuando muera, repuso la anciana dulcemente, mi muerte tal vez no hará brotar ni una sola lágrima: nadie recordará el lugar que ocupe mi sepultura; pero, ¿créa Vd. que todo se termine aquí?... Yo no lo creo, yo no puedo creerlo, porque sino, ¿de dónde hubiera salido la voz su-

blime que infundia aliento á mi espíritu sumido en la amargura?

¡Oh, Julia! la noble anciana tenia razon: si ese esplendente panorama de los cielos, si esas maravillas sin nombre de la creacion nos revelan un Dios omnipotente, ¿cuánto mejor nos lo revelan esas criaturas nacidas para el infortunio, y cuyas lágrimas no se secan nunca? ¿Tendrian resignacion? ¿seguirian con tanta constancia la buena senda, si no las sostuviese en el momento de la prueba la dulce voz que les dice: *Obra el bien: el reinado de la virtud no es de este mundo: dichoso el que aquí llora, porque allá detrás de ese pabellon azul crecen hermosas palmas para ceñir la frente de los mártires.*

¡Oh! Sí, esa mágica voz resuena, á no dudarlo, en el alma de los infortunados; ¿qué seria de ellos sino la oyesen? Y no es alucinacion del espíritu, no es el eco de vulgares tradiciones, no: es una voz que oimos distintamente como el canto del ruiseñor, como los ayes de la brisa.

¿Qué sabe el hombre de dónde dimana? ¿Vé acaso el lugar de dónde parte? Pero tampoco vé á la brisa que viene murmurando á refrescar su frente...

Lejos de nosotros esos horribles sistemas de órganos y músculos en que los nervios representan el noble papel del alma... Hay mucha amargura en la tierra para poder suprimir esas dulces promesas de recompensas futuras. Cuando el hombre, que tan ufano y tan desvanecido se muestra con los milagros de su industria y las confusas elucubraciones de su ciencia, logre inventar una máquina que proporcione la completa felicidad ó la salud completa, podrá quebrar á su antojo las alas de la esperanza...

Pero ¿qué es esto, Julia mia? ¿Es una carta la

que te escribo? ¿es la pedida descripcion la que te hago?

Las campanas del Monasterio han interrumpido mi tarea, y vuelvo á continuar con el alma destrozada. ¡La noble anciana ha muerto! ¡Nadie la conocia, nadie ha llorado por ella! Yo sola he acompañado el yerto cadáver al cementerio, en donde ha sido sepultado en la fosa comun, sin que una lápida pueda legar mañana al pasajero la memoria de sus virtudes, y ese nombre que debia ser mas glorioso que el de los sábios y los reyes.

¿No te destroza el alma, Julia, este olvido, esta indiferencia del ingrato mundo hácia el que ha sido justo y bueno?

Y no obstante, si estuvieras aquí, si pudieras contemplar como yo este sublime panorama, iluminado ahora por los rayos de la luna, hallarias en tu alma, sobrecogida de religioso entusiasmo, la solucion del enigma.

¿Qué le importa al águila el grano de polvo que se disputan los míseros reptiles? Fijos los ojos en el sol, atraviesa los espacios, y solo reposa sobre el alto picacho, desde donde puede mirarle frente á frente.

¿Qué diria el caduco anciano, si quisieran recompensarle con los juguetes de los niños? Para recompensar á la virtud se necesita mas que los aplausos del mundo; se necesitan las delicias inmortales y el resplandor de la mirada eterna. ¡Dios! ¡Dios! ¡Yo te veo y te bendigo en esta hermosa naturaleza; pero te veo sobre todo y te bendigo en esas almas seráficas que armonizan con ella, y muestran toda la sublimidad de la obra salida de tus manos, cuando saben elevarse hasta tí por medio de la abnegacion, el amor y la pureza!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

BLANCA.

Cruel memoria mia,
¿Por qué sacias mi pecho de dolores?....
¡Olvida, olvida el dia
Venturoso á mis fúnebres amores!
¡El dia en que ofreció la primavera,
Del almendro en la flor, en la pradera,
A su hermosura estrema,
Gentil, risueña, virginal diadema!

Ofrecíala esbelto el seno de oro
El narciso divino,
Y el fresco lirio del vergel tesoro
Su aroma peregrino;
La roja peonía
Con su ardiente hermosura se ofrecia,
Y eligió blanca flor.... la rosa pura
Del pudor el emblema y la hermosura.

¡Fué un presagio cruel, triste y sombrío,
Elegir tal color bello y de muerte!
Al hermoso amor mio
Daba un símbolo en él cruda la suerte
Cuando Estío llegó.... ¡negros dolores!
Del azahar las flores
Circundaron la helada
La muerta frente de mi dulce amada!

¿Veis jóven madre á quien el solo hijo
De improviso le espira entre los brazos,
Y en su dolor prolijo
No le crée muerto, los fugaces lazos
De la inocente vida
No crée de amor perdida,
Rotos aun, arrulla al tierno infante,
Le habla, loca de amor, de el delirante?

Tal ¡ay de mí quedé, la sepultura
Viendo abierta á la flor de mis amores!
¡Era horrible morir tanta hermosura
Como mueren las flores!

De la muerte dudé:—loco, ¡ ay ! ¡ bien loco !—
 ¿ Por qué es amor tan poco
 Y tanto aquesa inerte
 Maldita mano que apellidan muerte !

Junto á la muda losa
 De su blanca y sencilla sepultura
 —Del color de la rosa
 Que ella amó en vida!— ¡ mi cruel ternura
 Triste alimentan las eternas horas,
 Que nunca bienhechoras
 Trueca en las de consuelo
 De mi fé y mi dolor testigo el cielo !

Yo, desde ella partió, desde la viera
 Circundada de niveas vestiduras,
 En el pecho la flor de la pradera,
 Y lirios blancos en las manos puras;
 De azahar la diadema,
 Su hermosura suprema
 Mas que la nieve blanca, y mas inerte,
 Cobré al triste color odio de muerte :

Cobré al triste color odio de muerte,
 Y porque mi ángel Blanca se llamaba,
 Ni al execrar la suerte
 Su bellissimo nombre pronunciaba:
 Y hora ¡ colmo de penas !
 Huyendo mas dolores
 Huyo su tumba, mi mansion de amores:
 — ¡ Á su redor nacieron azucenas !

LEON DE LA VEGA (M. DE R.)

LOS DOS HERMANOS.

I.

Una familia de artistas.

Hacia la mitad del último siglo, en una de las mas modestas casas del Boulevard, que despues ha tomado el nombre de Beranger, en Tours, vivian dos jóvenes huérfanos que eran muy apreciados en la vecindad, á causa de su ejemplar conducta y de su fraternal union.

De estos dos jóvenes, el mas pequeño, que tendria diez y siete años, se llamaba Raul, y su hermana Hortensia contaba unos veinte. Ambos eran artistas, á pesar de no haber salido nunca de esta villa, donde nacieron y donde hicieron sus estudios; él, bajo la direccion de su padre, Mr. de Berghem, que se habia hecho un gran pintor estudiando los mejores maestros de Italia, y ella, dirigida por su madre, Adriana de Berghem, que hallándose dotada de vastos y profundos conocimientos en la música, hizo de su hija una excelente artista. Esto le fué tanto mas fácil cuanto que la joven se hallaba dotada de un sentimiento musical muy notable, y de una vivísima afición por el arpa, instrumento muy de moda en aquel tiempo.

Mr. de Berghem y su mujer estuvieron muy acertados al dotar á sus hijos de conocimientos que pudiesen reem-

plazar á la herencia paterna, pues apenas Hortensia contaba 18 años y Raul 15, cuando sus padres fueron arruinados por la mala fé de un hombre. en el cual habian imprudentemente colocado toda su confianza. Habitados, sino á la riqueza, por lo menos al bienestar, Mr. y Mme. Berghem parecieron sentir mucho mas que la situacion desolada en que se encontraban, el ver desvanecerse para sus hijos las esperanzas de apacible dicha y de comodidad que habian acariciado hasta entonces.

El pesar que esta desgracia les causó, condujo desde luego á la tumba á Mme. Berghem, no tardando mucho en seguirla su marido. Los dos espiraron bendiciendo á sus hijos, y recomendándoles que se amasen siempre, sirviéndose mutuamente de apoyo y de consuelo, no olvidando la memoria de unos padres que tanto les habian amado, y que perdian la vida por su causa.

II.

Los huérfanos.

Hortensia y Raul sintieron un vivo dolor, añadiéndose á este otros varios, pues á causa de su situacion precaria les fué preciso hacer sacrificios y separarse poco á poco de objetos preciosos y queridos para procurarse lo necesario.

Aunque Raul poseia un arte y tenia talento, era demasiado joven para tomar un partido decisivo, y en cuanto á Hortensia, ahogando su justo orgullo, se resignó á dar lecciones por un precio muy módico y muy en desproporcion con su mérito, que rebajaba mucho mas que á ella misma á quien se le habia ofrecido.

El tiempo corria, y los pobres niños esperaban que su posicion mejorase. Por espacio de dos años soportaron con resignacion la miseria y las privaciones, sin que jamás se les oyese una queja ni una palabra de desaliento.

Un dia recibieron una carta de un amigo antiguo de su padre, el doctor Durand que al volver de un largo viaje científico, les decia, entre otras muchas cosas consoladoras y afectuosas:—Creedme, hijos míos, dejad la Turena y venid á vivir cerca de mí, pues si cada villa de Francia puede vanagloriarse de haber producido un génio, un talento célebre, solamente en París se desarrollan y se dan á conocer esos grandes artistas que han sido despues orgullo de su patria.

El doctor instó mucho para que dejáran la villa en que nacieron y donde pasaron felices su infancia, la tierra donde descansaban los restos de sus queridos padres. Mucho tiempo vacilaron, decidiéndose por fin á seguir los consejos de su antiguo amigo que les inspiraba tanta confianza como respeto.

Trasladáronse á París el hermano y la hermana, y fueron á instalarse en la calle de San Antonio, en una casa inmediata al palacio del virtuoso Sully, la cual pertenecia al doctor Durand.

Allí tenian una pequeña habitacion, muy alta en verdad, pero con buenas vistas y amueblada con tanto gusto como sencillez, que el doctor puso á disposicion de sus pupilos, y que fué la única cosa que quisieron aceptar de él. Para subvenir á las necesidades del momento, poseian una pequeña suma, que les produjo la venta de los muebles de

que tuvieron necesidad de deshacerse antes de dejar á Tours, habiendo conservado únicamente el arpa de su madre y el caballete y los pinceles de su padre. A este débil recurso de Hortensia se proponía reunir el producto de sus trabajos de aguja, con lo que contaba sostenerse hasta que el buen doctor les procurase algunas lecciones. Entre tanto Raul comenzó dos pequeños cuadros de una composición sencilla y tierna, que le habían sido encargados por un comerciante muy en boga, y al mismo tiempo empezó á hacer el retrato del doctor, adelantando rápidamente en su empresa.

III.

Una presentacion.

No temais cometer una indiscrecion entrando conmigo en una casa de las mas suntuosas de la plaza Real. Son apenas las nueve de la mañana, y mientras que la que la habita hace su toilette y se ocupa de los pequeños arreglos domésticos que absorben las primeras horas de la mañana, seguidme á un salon que quiero haceros conocer durante su ausencia.

Allí ha impreso el tiempo su sello en todos los objetos; sobre el reloj con los dorados ennegrecidos, sobre los candelabros ahumados, sobre los sillones, los taburetes, los sofás, cuya tapicería, ejecutada con colores vivos, nos representan figuras y grupos mitológicos. Notad tambien las colgaduras de color verde manzana, brochadas de oro que se han revestido por su antigüedad de un matiz indefinible, que hace soñar evocando antiguos recuerdos.

Una sola cosa jóven y fresca se vé en medio de estas ruinas de tiempos pasados: es el retrato de la dueña de la casa, una magnífica pintura de Largilliere.

Tiene veinte años, es blanca y rosada con ojos de terciopelo negro, que sonrien en armonía con una boca, en la cual se pueden ver dos hileras de perlas irreprochables, pues tiene en su dedo un lindo pájaro favorito que bebe entre sus labios purpurinos lo que hubiesen llamado los antiguos poetas: *Una lágrima de la aurora sobre una hoja de rosa*. El traje de esta encantadora jóven se componia de un peinador de muselina blanca, sujeto con cintas de un color de rosa menos fino y menos puro que el que cubria sus mejillas.

Pero ¡chist!... silencio, ella llega, y sobre todo guardáos de aparecer sorprendidos si la hallais muy diferente el retrato trazado en ese lienzo por el mas célebre pintor de su época.

Sesenta años de entreacto motivan bien estos cambios en una mujer; pero debo decir, en elogio suyo, que la igualdad de su carácter, la distincion de sus maneras, el encanto de su talento y la rectitud y bondad de su corazon no han cambiado.

Esto mismo decia el doctor al hermano de Hortensia en el salon que acabamos de describir, y donde hacia un cuarto de hora que esperaban á la Marquesa.

Cuando concluyó de poner al corriente á Raul de ciertas cosas que le era útil conocer antes de la presentacion, llegó ella, saludándolos con el gesto y con la sonrisa.

La Marquesa llevaba dignamente sus ochenta años, á

pesar de que numerosas arrugas surcaban su pálido rostro, pudiendo hallarse en su hechicera expresion el encanto de su juventud, reunido al talento y á la bondad.

Llevaba un vestido de raso azul oscuro con flores blancas. Sus cabellos, blancos como la nieve, estaban medio cubiertos por una especie de *fanchon* de punto de Inglaterra, graciosamente adornado con algunos lazos de color de rosa.

La Marquesa llevaba suspendida á uno de sus brazos una bolsa de labor, conteniendo su tapicería, su tabaquera, su pañuelo, y las gafas de que ella se servia en raras ocasiones, por tener todavía muy buena vista.

—Señora, dijo el doctor, mostrándole á su jóven pupilo: ved aquí al artista que me habeis permitido presentaros. Me habeis ofrecido concederle vuestra poderosa proteccion, y me complazco en repetiros que es digno de ella.

—Si yo hubiera vacilado antes de ver á Mr. Berghem, su sola presencia me decidiria, respondió la anciana señora; pero añadió, volviéndose hácia el doctor; ¿no me habeis dicho que la hermana de vuestro jóven protegido es tambien artista?

—Es una profesora de música excelente; posee una voz magnífica, y toca el arpa de una manera admirable.

—Y bien, querido doctor, yo os ruego que me la presenteis el jueves; es el dia de mi recepcion, y si ella quiere, trataré de serla útil recomendándola á las señoras que componen mi sociedad, y que tienen hijas jóvenes que educan á su vista. En cuanto á vos, continuó la Marquesa dirigiéndose á Raul, sé que estais concluyendo el retrato del doctor, y si quereis hacer el mio, no tardaré mucho en proporcionaros despues algunos otros. Pero es preciso daros prisa, porque á mi edad... No concluyó la frase, porque una penosa sonrisa completó su pensamiento.

Esta sonrisa hizo mal á Raul; algunas lágrimas corrieron de sus ojos, pues la noble señora, que se hacia querer por su gracia y por su bondad, le recordaba á su madre, y le parecia oirla decir: «ámala como si fueras su hijo, porque ella ocupará mi lugar haciendo felices á mis pobres huérfanos.

La Marquesa, que habia notado su emocion, le tendió la mano, estrechándosela tiernamente. Raul se inclinó y depositó sobre aquella mano amiga un beso respetuoso. Despues se despidió, llevando de esta visita un sentimiento de dicha mezclado de amargura, pues si le encantó el recibimiento de la Marquesa, no podia separar de su memoria el tono triste y doloroso, aunque resignado, con el cual madama Marsan habia dicho «porque á mi edad...»

Durante toda la noche, las imágenes de su madre y de la Marquesa se confundieron en su sueño.

IV.

Música y pintura.

Las cosas sucedieron como la Marquesa de Marsan las habia dispuesto; presentada en sus salones y escudada con su proteccion, Hortensia tocó las piezas musicales mas difíciles con un éxito que dejó nada que desear; la única pena que experimentó en esta noche fué la de no poder encargarse

de la educación musical de todas las señoritas que lo solicitaron, por ser ya muchos los compromisos adquiridos con este objeto.

Raul por su parte, hizo el retrato de la Marquesa con tanto gusto, con tanto sentimiento, que parecía vérsela respirar en el lienzo, lo que causó la admiración de muchísimas personas distinguidas, y desde entonces tuvo mas encargos de los que podía aceptar.

Tranquilos para el porvenir, y penetrados de reconocimiento por la envidiable reputación que habían conseguido en pocos días, los agradecidos jóvenes se dedicaron á rodear á la anciana Marquesa de los cuidados mas respetuosos, de las mas delicadas atenciones, tanto que ella se acostumbró á mirarlos como si fueran hijos, deseando tenerlos siempre á su lado y en la mas tierna intimidad.

El doctor, dichoso por haberles conseguido una protección tan eficaz, partió para un largo viaje, dejándolos muy recomendados á su antigua amiga, recomendación bien escusada por cierto, pues ya los amaba como la madre mas tierna, y no podía vivir sin ellos.

Hacia ya dos años que los protegidos del doctor Durand estaban en París, donde todo parecía sonreírles. Una sola cosa afligía frecuentemente sus corazones: la salud de la Marquesa, que iba por grados debilitándose.

Los jóvenes no querían dejarla ni un momento, y se negaban á todas las invitaciones, siempre buscando pretextos para que la Marquesa no conociera la verdadera causa que los alejaba de las sociedades, que era el deseo de consagrarla por entero sus cuidados.

En el momento en que su inquietud era mas viva, y cuando deseaban verse olvidados de todo el mundo para no robar ni un solo instante á su anciana amiga, recibieron una invitación de palacio, casi una orden del Rey, que habiendo oído ponderar el talento de la joven artista, deseaba oirla. Un carruaje de la real casa debia ir á buscarla, y con ella á su joven hermano, conduciéndolos á Versalles, donde se preparaban fiestas suntuosas, destinadas á dar una idea de la corte de Francia á unos Príncipes extranjeros que viajaban de incógnito.

Los jóvenes, á pesar de su dolor, no tuvieron mas remedio que partir el día señalado. (*Traducción.*)

(*Se continuará.*)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

VARIETADES.

Los tres anillos.

El castillo de Veinchestein está resplandeciente de luces: pajes y escuderos recorren sus plataformas, torres y galerías, izando banderas, erigiendo trofeos, colocando escudos de armas.

¿Por qué se ha vestido de fiesta el secular Castillo?

El barón de Veinchestein ha muerto, han muerto en la batalla sus dos hijos; pero quedan tres doncellas huérfanas, que visten negras tocas y enlutados trajes.

La una se llama Alicia, la otra Germana, la tercera Berta. Alicia es como la presuntuosa amapola, Germana como la bella pero mortífera adelfa, Berta como el lirio del valle, blanco y perfumado.

El Príncipe soberano de Heidelstad quiere elegir esposa, y recorre el país en busca de la mas digna.

Por eso el vetusto castillo se ha adornado con sus mejores galas.

Una nube de polvo se levanta al extremo del camino, sombreado de altos y copudos abetos; suenan las bocinas, y se levanta el puente.

Es que llega el Príncipe.

Las tres hermanas están en lo alto de la escalera de mármol, dispuestas á recibirle.

—Un peregrino pide hospitalidad, nobles señoras, dice un pajecillo. Aunque joven parece sufrir mucho. Está casi moribundo, exhausto de hambre, de sed y de fatiga.

—Que vaya á buscar hospedaje á otra parte, responde con desden Alicia.

—Nuestro castillo no es asilo de mendigos! dice Germana.

—¡Oh, dejadle que entre, hermanas mías, exclama Berta con las manos juntas, yo os lo ruego!

Alicia y Germana temían la competencia de Berta, mas hermosa que ninguna. Ambas se miraron y se comprendieron.

—Si no te presentas al Príncipe, exclamaron á la par, te concederemos lo que pides.

Berta aceptó el pacto llena de dulce júbilo.

Y mientras el Príncipe entraba por las doradas puertas del salón, y se sentaba á la mesa espléndida del festín, el peregrino entraba apoyado en el brazo de Berta, dirigiéndose á una apartada estancia, en donde se reclinó sobre el lecho, falto ya de aliento.

Alicia y Germana pasaron la noche bailando; Berta la pasó á la cabecera del enfermo, y los acordes bulliciosos de la música se mezclaron con el eco de sus fervidas plegarias.

Brilló el sol. El Príncipe prosiguió su viaje, dando á Alicia un anillo de oro y á Germana otro de plata.

El peregrino, ya restablecido con el reposo, emprendió de nuevo su penosa marcha, dejando en prenda á Berta un anillo de madera que habia traído de la Tierra Santa.

II.

El castillo de Veinchestein ya no está engalanado ni resplandeciente de luces: las castellanas visten aun sus negras tocas.

Hélas allí á las tres asomadas á una ojiva ventana. Alicia y Germana contemplan é interrogan con ávidos ojos el camino solitario, esperando la llegada feliz de un mensajero, y de vez en cuando suspiran con dolorosa impaciencia. Berta mira alternativamente con inefable éxtasis su tosco anillo de madera, y el valle matizado de flores, el arroyo que serpentea entre el musgo, lasavecillas que se columpian en

las ramas, porque la naturaleza responde al himno de amor que resuena dentro de su alma.

Pero hé aquí que algunos caballeros se adelantan al galope, y antes que las tres hermanas hayan podido retirarse, pasan el puente, suben y se presentan á su vista.

¡Oh, sorpresa! Uno de ellos es el Príncipe, que ya ha elegido esposa.

¿Pero es que la luz del día da otro distinto reflejo á su semblante?

Alicia y Germana no le reconocen. Es mas alto, mas bello, mas majestuoso. Berta, sin embargo, lo ha reconocido: sus mejillas se tiñen de carmin, baja los ojos y suspira de alegría.

—He elegido por esposa, dice el Príncipe con sonora voz, que parece lúgubre y siniestra á las dos hermanas mayores; he elegido por esposa á la que pueda mostrarme un anillo de madera que la dí en prenda de mi amor.

Alicia y Germana tendieron las manos, pero ¡ay! que sus anillos eran de oro y plata; ¡ay! que el anillo de madera circuía el dedo de su hermana!

El Príncipe se llevó consigo á Berta, y ciñó á sus sienes la corona.

Desde aquel día el viejo castillo de Veinchestein, ya no volvió á engalanarse con trofeos ni banderas.

Alicia y Germana vivieron allí solitarias, y murieron muy jóvenes, corroidas por el despecho y la amargura.

Hoy el castillo está convertido en ruinas, pero por sus truncadas galerías, por sus derruidas ventanas, se ven cruzar aun durante la noche dos negras y melancólicas sombras, y aun se oye salir de sus concavidades profundas el eco de sus suspiros y quejas dolorosas. ¿Será que las dos últimas castellanas espían de este modo su sórdido egoísmo?

Esta historia es tan antigua como el mundo, y se la ha contado de mil distintos modos; pero, ¿acaso es menos brillante una estrella, porque brillen muchas estrellas en el firmamento? ¿Acaso es menos perfumada una rosa porque haya otras muchas que exhale un suavísimo perfume?

Esta historia la canta el ciego Stranssi, y se la ha oído referir á los pastores de las cercanías. ¿Quién sabe si será la primitiva, y la que ha dado origen á las otras?

LABORES.

El entredos que vá en primer lugar en nuestro grabado, es muy á propósito para adornar camisetas de nanzouk ó batista, poniéndole debajo cinta de color, y pertenece al género de labores de *malla guipure*, ya esplicadas en artículos anteriores: para obtener la malla de este entredos, se necesita empezar por un punto y menguar siempre á un lado, y crecer á otro en cuanto el entredos cuente los cuadros ó calados que marca el dibujo, con lo cual saldrá una tira de malla recta: el bordado consiste en molinos, y cruces ya esplicadas en labores de este género.

El segundo modelo es un nuevo punto de *crochet* muy á propósito para guarnecer esclavinas, abrigos de señora y niños, puños de lana para trajes de casa y otros mil objetos de verdadera utilidad.

Se ejecuta con estambre del color que se elija, y aguja de madera ó marfil, en tira estrecha y del modo siguiente:

Se hace una cadeneta del ancho que se quiere obtener la labor, para la cual hay necesidad de cortar el estambre al fin de cada vuelta.

1.^a Vuelta.—2 ps. lisos de cadeneta en los dos primeros.

Se dan doce vueltas de estambre á la aguja, se pasa un punto por el siguiente de la cadeneta, y luego la hebra por el centro de todas las vueltas y puntos que tiene la aguja: se conserva este punto que se saca, y se repite lo mismo otras dos veces en el mismo punto de la cadeneta, con lo cual quedan tres canalones y tres puntos en la aguja, por los que se saca ahora un punto solo, 2 ps. s. y se repite desde la señal hasta el fin de la vuelta.

2.^a—*3 ps. s. sobre los dos anteriores, 3 ps. en los otros dos siguientes, saltando los canalones.*

3.^a—1 p. s., 3 canalones como quedan esplicados sobre el punto que sigue, *2 ps. sobre los canalones de la vuelta anterior, 3 canalones sobre el del centro de los tres lisos que siguen.*

Se repiten estas dos últimas vueltas, colocando los canalones rizados siempre entre los de la vuelta anterior, para lo cual se consultará el dibujo, cuyas agujas, colocadas en dos distintas vueltas para mayor claridad, ayudan mucho á la comprension de la labor.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 864 bis.

NÚM. 1. *Cofia*, compuesta de un fondo circular de *guipure* rodeado de nueve medallones, iguales á los que forman las bridas, unidos unos á otros.

NÚM. 2. *Sombrero* de crespon blanco, de copa cuadrada y plana, y ala levantada para dejar ver un bandó de terciopelo rosa, sembrado de estrellas de cristal ó nacar: el mismo adorno se reproduce por detrás, y un grupo de estrellas á cada lado sujeta las bridas de terciopelo rosa, que juntan debajo de la barba otras dos estrellas.

NÚM. 3. *Sombrero Fanchon*, con pico por delante á lo *María Stuard*: este sombrero y sus bridas es de un solo pedazo de terciopelo negro, orillado de un biés de terciopelo verde cortado en picos: pluma gris, rizada y sujeta con broche de piedras.

NÚM. 4. TRAJE PARA NIÑA DE OCHO AÑOS.—*Falda* interior de poplin color de malva, y exterior, mas corta, de poplin habana claro, cortadas ambas á picos, y ribeteada la segunda con biés estrecho del color de la primera: *paletot* habana, prolongado por delante y por detrás, y terminado por picos ribeteados de color de malva con manga perdida,

y otra interior debajo, color de malva. *Sombrero* de castor blanco, con cinta malva y plumas de gallo.

NÚM. 5. *Cuello y manga* de Nanzouk, con margarita bordada á plumetis en los ángulos.

NÚM. 6. *Cuello* alto, bordado y cerrado por delante con presillas de terciopelo negras, y manga semejante.

NÚM. 7. *Camiseta* de muselina figurando esclavina cuadrada por medio de tablas y guarniciones bordadas: cuello vuelto liso, y mangas adornadas por iguales guarniciones en el bajo.

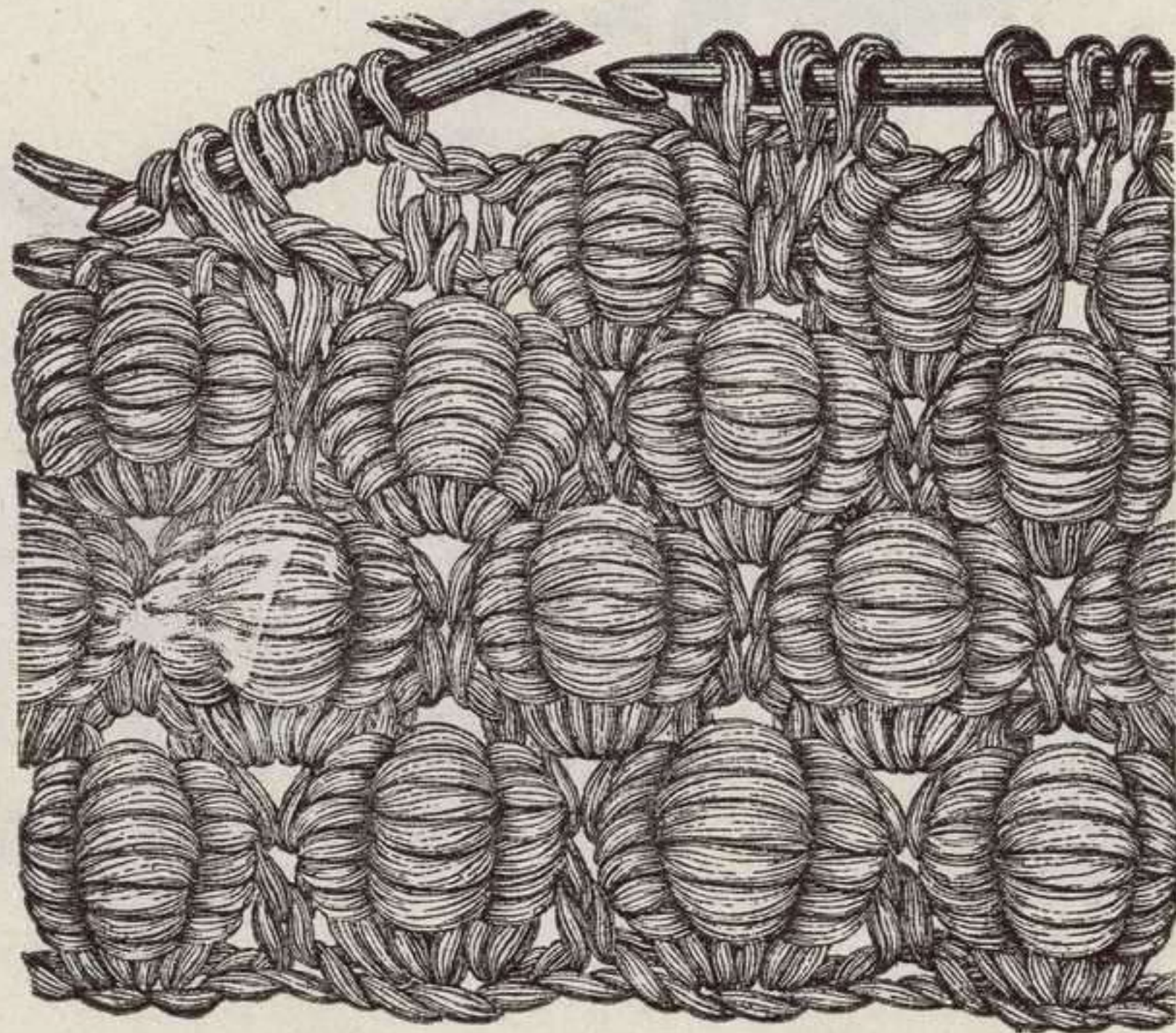
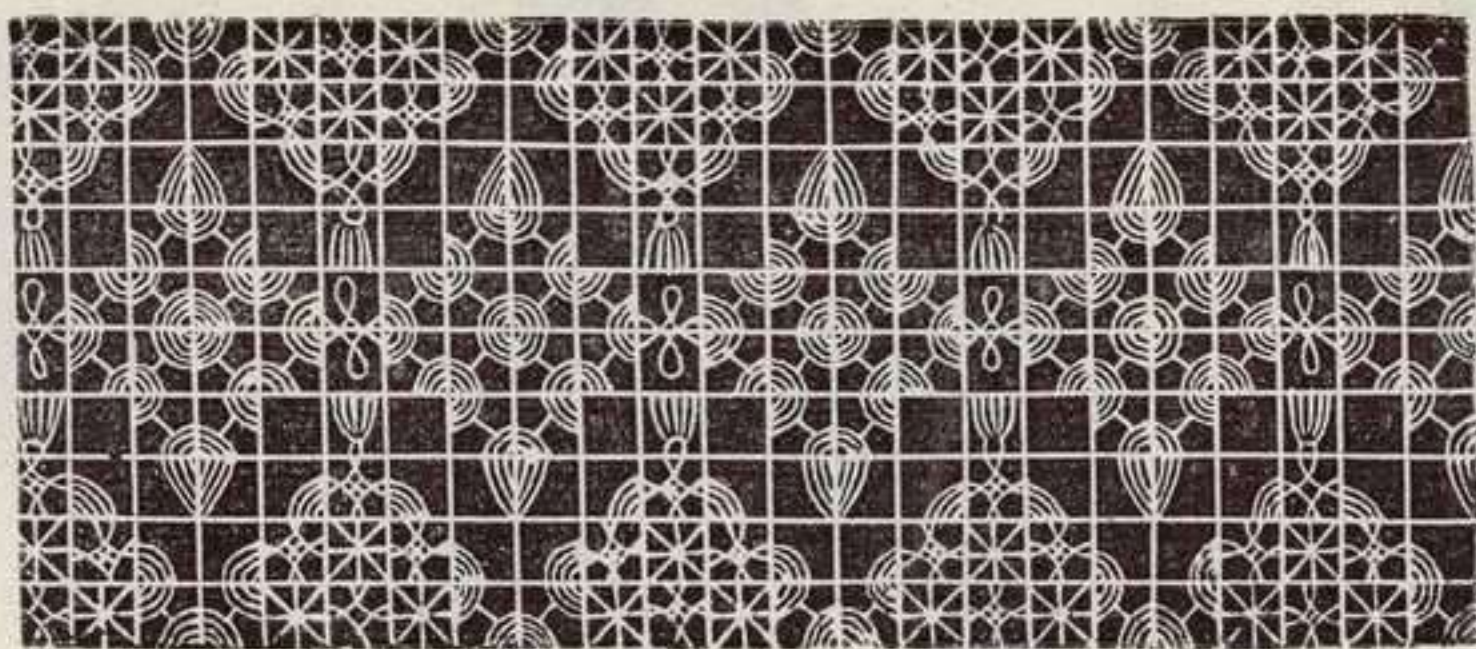
NÚM. 8. *Otra idem* de batista con bullonados y ricos entredoses bordados que marcan esclavina de picos: entredos mas ancho, termina la esclavina, cierra la camiseta por delante en todo su largo, y adorna la manga.

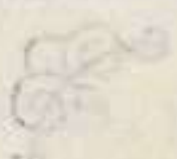
NÚM. 9. *Cofia* de *guipure* con solo un fondo circular y dos caídas cortas por detrás del mismo *guipure*.

Editor: MIGUEL CAMPO-REDONDO.

MADRID.—1867.

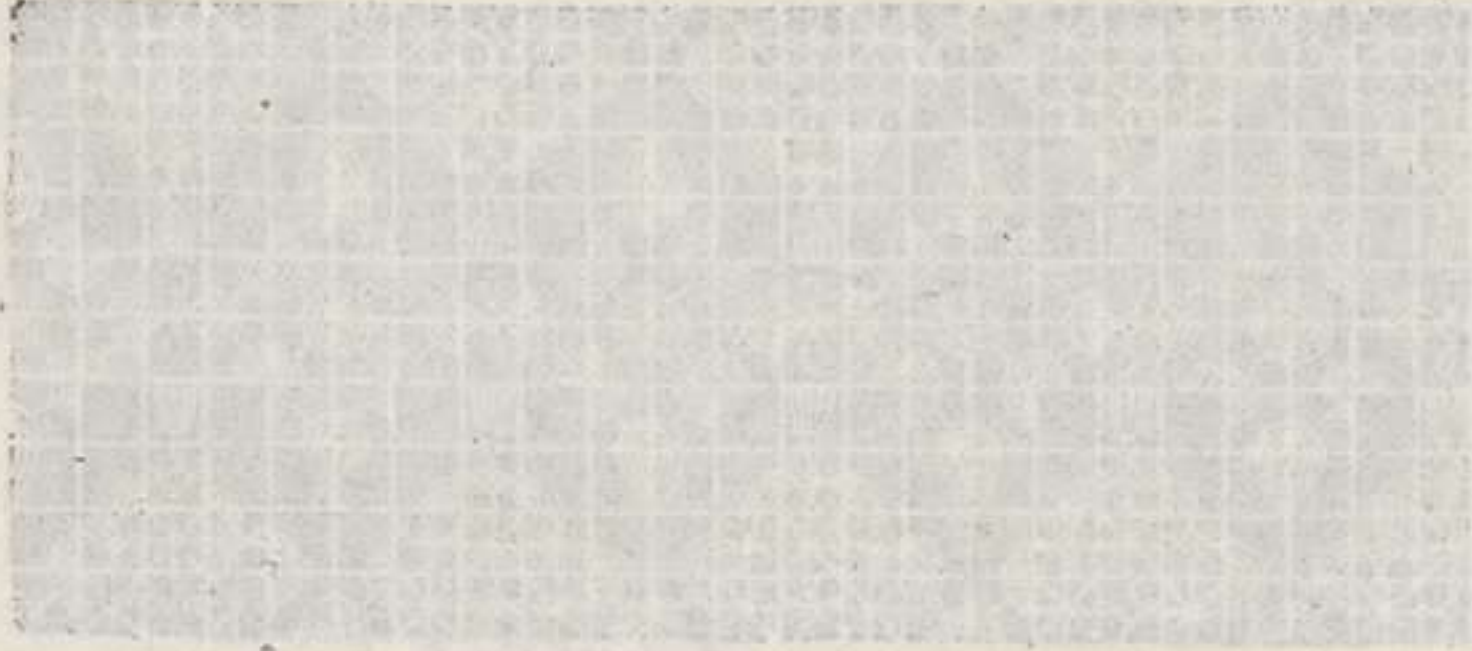
IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.





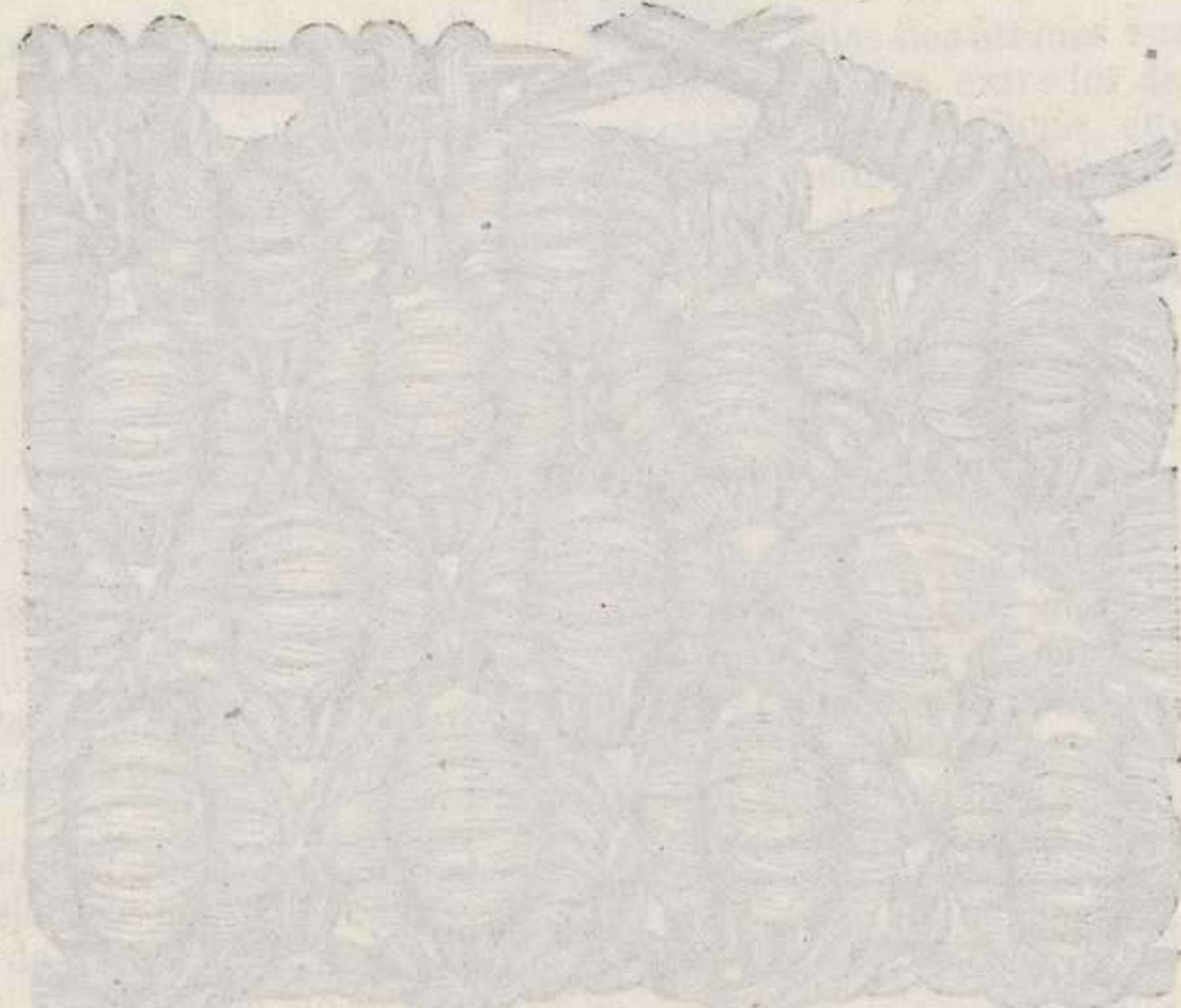
Faded text in the top-left column, likely a continuation of an article or news item.

Faded text in the top-right column, likely a continuation of an article or news item.



Faded text in the middle-left column, continuing the content from the top.

Faded text in the middle-right column, continuing the content from the top.



Faded text in the bottom-left column, likely the concluding part of an article.

Faded text in the bottom-right column, likely the concluding part of an article.



Legasteloir, Imp. Paris

Ad. Goubaud Ed. Paris

864 bis

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu 92

Modèles de Lingerie de M^{me} Briémont Ala Couronne Impériale r. N^{ve} des Petits Champs 16.

Costumes d'Enfant M^{on} du Cardinal Fesch, r. N^{ve} S^t Augustin, 45 - Robans et Passementerie Ala Ville de Lyon, Ch^{ie} d'Antin, 6.

Chapeaux d'Alexandrine, r. Meyerbeer, 2 - Dentelles de Violar d freres, r de Choiseul, 3.

Entered at Stationer's Hall

LONDON, E. Weldon, 22, Tavistock Street Covent Garden, W.C.

MADRID El Correo de la Moda P. J. de la Pena

CORREO DE LA MODA

